

Yanett Segovia
Profesora del Centro de Investigaciones Penales
y Criminológicas (CENIPEC). Universidad de Los Andes-Venezuela

Beatriz Nates Cruz
Profesora del Departamento de Antropología y Sociología
Universidad de Caldas-Colombia

Territorios, identidades y violencias



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Consejo de Publicaciones
2011

Título de la obra: **Territorios, identidades y violencia**

Autores: Yanett Segovia; Beatriz Nates Cruz (Compiladoras); Juan Antonio Flores Martos; Dilia Flores Díaz; Nelly García Gavidia; Carmen Díaz Orozco; Alejandro Moreno Olmedo; Francisco Rodríguez; José Ordóñez; Jesús Manuel Salcedo Picón; Francisco Ferrándiz; Alejandro Baer Mieses; María García Alonso; Gregorio Hernández Pulgarín; Mauricio Navia Antezana; Julián López García; Mónica Navia; Omar González Nájuez; Alexander Mansutti Rodríguez; Nalúa Rosa Silva Monterrey.

Coeditado por el Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas y el Grupo de Investigación Territorialidades de la Universidad de Caldas-Colombia; y el Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes-Venezuela.

Av. Andrés Bello, antiguo CALA. La Parroquia
Mérida, estado Mérida. Venezuela
Telefax (+58274) 2713210, 2712034, 2711955
e-mail cpula@ula.ve
http://www.ula.ve/cp
Colección: Ciencias Humanísticas
Serie: Antropología
1ª edición. 2011
Reservados todos los derechos
© Los autores

Los trabajos publicados han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas y coordinado a través de: Grupo de Investigación Expresiones y Representaciones de la Violencia en Iberoamérica (CENIPEC) Universidad de Los Andes-Venezuela; el Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas y el Grupo de Investigación Territorialidades de la Universidad de Caldas-Colombia.

Diagramación: Consejo de Publicaciones (María Elena Díaz de Cuiñas;
malenadiaz45@hotmail.com

Diseño de portada: Alberto Gilson

Apoyo técnico a la edición: Juana Chaves Castaño

ISBN 978958759016-6

Impreso en Capital
Manizales, Colombia, 2011

ÍNDICE

	Pág.	
Presentación	11	
PRIMERA PARTE		
EL CUERPO COMO LUGAR DE LA VIOLENCIA		
Y LA IDENTIDAD.....		17
1. Violencias en la carne, emociones y “cuerpos” domésticos en Veracruz, México <i>Juan Antonio Flores Martos</i>	19	
2. La moral está en el cuerpo <i>Yanett Segovia</i>	43	
3. El cuerpo y sus expresiones del dolor y el sufrimiento <i>Dilia Flores Díaz y Nelly García Gavidia</i>	65	
4. Estigmatización y exclusión del cuerpo enfermo y anciano <i>Nelly García Gavidia</i>	81	
5. Del cuerpo dócil. Métodos de regulación de la conducta corporal ciudadana durante el siglo XIX en Venezuela <i>Carmen Díaz Orozco</i>	97	

SEGUNDA PARTE**CONSTRUCCIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LA VIOLENCIA**

1. Los espacios de la violencia
Alejandro Moreno Olmedo119
2. Tribus urbanas y construcción social de la territorialidad
Francisco Rodríguez.....141
3. La identidad ante la ley y los espacios psicológicos
para la violencia
José Ordoñez153
4. Raza, estigma y delincuencia en la conformación
del Nuevo Mundo
Jesús Manuel Salcedo Picón173
5. Violencia política y memoria digital: Las exhumaciones
de fosas comunes de la Guerra Civil (1936-1939) en la
España contemporánea
Francisco Ferrándiz y Alejandro Baer Mieses185
6. Siete fusilamientos de José Antonio Primo de Rivera
María García Alonso211
7. Vinimos, vivimos y ¿triunfamos? Sujetos excluidos,
identidades liminales y violencias migratorias en España
y Francia
Gregorio Hernández Pulgarín.....243

8. El espacio (topos) y la injusticia (adikia) de la violencia
ontológica (espacios de violencia, Estado, soberanía y control
de la violencia)
Mauricio Navia Antezana263

TERCERA PARTE**INTERCULTURALIDAD, TERRITORIOS Y VIOLENCIAS**

1. Cartografía semiótica y conflicto
Beatriz Nates Cruz281
2. Política y ética en torno a los linchamientos en Guatemala
Julián López García311
3. El camino de la justicia comunitaria:
hacia una reivindicación crítica
Mónica Navia327
4. La hoja de ruta fluvial Guainía-Caño San Miguel: un neo-espacio
de violencia criollo-indígena en la frontera colombo-venezolana
Omar González Nández345
5. Estado, violencia institucional y territorios
étnicos, o de cómo hacer para no hacer nada
Alexander Mansutti Rodríguez367
6. El espacio salvaje de la República y el territorio soberano
de los indígenas Conflictividad social y minería en el Caura
Nahía Rosa Silva Monterrey.....389

NOTAS DE AUTORES407

TORRES, FRANCESC (2007) *Dark is the Room where we Sleep (Oscura es la HABITACIÓN DONDE DORMIMOS)* BARCELONA, NUEVA YORK: ACTAR.

WIEVIORKA, ANETTE (1994) 'On Testimony'. En G. Hartman (Ed.) *Holocaust Remembrance: The Shapes of Memory*. Cambridge: Harvard University Press.

FERRÁNDIZ, FRANCISCO; BAER, ALEJANDRO (2008) 'Digital memory. The visual recording of Mass Grave Exhumations in Contemporary Spain'. En *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research* (On-line Journal), 9(3), Art. 35. Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1152/2578>.

6

SIETE FUSILAMIENTOS
DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

María García Alonso

Universidad Nacional de Educación a Distancia de España

Y tú ¿qué sabes si no estabas allí?

R. Serrano Suñer. Memorias

En marzo de 1939, pocos días antes de la derrota definitiva de la República en la Guerra Civil española⁷⁰, destacados dirigentes falangistas⁷¹ aguardaban en el aeródromo de Burgos la llegada de

⁷⁰ La guerra civil se había iniciado con un golpe de estado militar el 18 de julio de 1936. Los militares tardarían tres años en derrotar a los partidarios de la República. La caída de Madrid y el fin de la guerra se produciría el 1 de abril de 1939. Hasta ese momento, el cuartel general del bando rebelde, unificado en torno al general Francisco Franco, estaría en Burgos.

⁷¹ La Falange Española (F.E.) era un partido fascista "a la española", financiado en gran medida por Mussolini hasta que los italianos consideraron que su dinero no estaba dando el fruto prometido. En los momentos anteriores a la guerra civil, con una escalada de la violencia desmesurada en tiempo de paz, tenía pocos afiliados y formaba parte de aquellos grupos de distintas ideologías que habían optado por hacer valer su política mediante el terrorismo: "Entre abril y julio de 1936 Falange libró una dura pugna con las organizaciones de la izquierda obrera que le costó unos cuarenta muertos y más de un centenar de heridos, pero que causó aún más bajas en las filas de sus adversarios" (Gil Pecharromán (1996), *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, pág. 466). Su líder, José Antonio Primo de Rivera, era un personaje contradictorio. Sobre su vida y personalidad se han escrito numerosas

un avión que traía a Miguel Primo de Rivera. Había sido canjeado por el hijo del general Miaja, republicano defensor de Madrid, que había estado detenido en zona franquista. Hasta ese momento, Miguel se encontraba en la cárcel de Alicante condenado por el delito de rebelión. Allí había compartido celda con su hermano José Antonio, fundador de la Falange Española e ideólogo de esta peculiar versión del fascismo, que había sido fusilado en el presidio el 20 de noviembre de 1936. Su muerte todavía parecía a muchos un episodio imposible. Y Miguel era el único que podía dar certeza ante los suyos de aquella circunstancia. Por eso le esperaban.

Sabemos todos de la muerte de José Antonio. Tenemos la certidumbre de aquella irreparable pérdida. Y, sin embargo, el deseo, la ilusión de volver a tenerle, hace que no falte quien se agarre a una última esperanza.

Es por eso por lo que débilmente, como temiendo quebrar el último resorte de la espera, alguien se acerca a Miguel preguntando:

-¿Murió...?

Ni hace falta añadir más palabras para la elocuencia de la pregunta.

Miguel responde:

-Sí...⁷²

monografías entre las que cabe destacar, por su intento de una objetividad que falta en las biografías apasionadas de sus seguidores, las siguientes: Ian Gibson (1980), *En busca de José Antonio*, Barcelona, Editorial Planeta; Enrique de Aguinaga y Stanley G. Payne (2003), *José Antonio Primo de Rivera*, Barcelona, Ediciones B, Colección Cara y Cruz, y la ya citada de Gil Pecharrromán.

⁷² Alfredo R. Antigüedad (1939) *José Antonio en la cárcel de Alicante. Un gran reportaje con Miguel Primo de Rivera*. Imprenta Ernesto Jiménez, Madrid, pág. 8.

Los hechos

Estos son los hechos, todos ocurridos en 1936:

16 de febrero. Una coalición de partidos de izquierda (el Frente Popular) gana las elecciones en la República española. La Falange (fusionada con las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas) no consigue ningún diputado.

14 de marzo. La F.E. y de las J.O.N.S. es ilegalizada. José Antonio Primo de Rivera y toda la Junta Política son detenidos.

16 de marzo. José Antonio es encarcelado en la Cárcel Modelo de Madrid. Desde allí continúa dirigiendo su partido, que pasa a la clandestinidad.

6 de junio. Él y su hermano Miguel, también encarcelado, son trasladados a la prisión provincial de Alicante.

18 de julio. Comienza la guerra civil. España queda dividida territorialmente entre los leales al Gobierno y los rebeldes. Alicante se encuentra en zona republicana.

2 de agosto. Los presos comunes de la cárcel alicantina se amotinan por el trato de favor dado a los Primo de Rivera.

4 de agosto. Se da por primera vez a los carceleros la orden de abrir y censurar su abundante correspondencia.

16 de agosto. Entra como oficial de prisiones a la cárcel de Alicante el socialista Francisco Sempere. En un registro por sorpresa de

la celda de los hermanos, se incauta de dos pistolas, abundante munición, un mapa de España y un croquis del avance de los frentes. A consecuencia de esto, quedan incomunicados.

18 de noviembre. Tras numerosos intentos fallidos por parte de sus seguidores de propiciar su fuga, José Antonio Primo de Rivera es declarado culpable de conspiración y rebelión militar y condenado a muerte por un tribunal formado por tres magistrados, un secretario y un jurado de catorce miembros, designados por partidos y sindicatos del Frente Popular. Tras la sentencia, los hermanos son separados. José Antonio pide un confesor,⁷³ un notario para hacer testamento y el derecho a despedirse de sus seres más cercanos. Sus últimas voluntades son concedidas.

19 de noviembre. Escribe varias cartas a amigos y familiares.

20 de noviembre. Antes de ser llevado al pelotón de fusilamiento se despide de su hermano Miguel. Al amanecer es ejecutado junto con otros cuatro hombres. Tenía treinta y tres años.

⁷³ Este confesor, que también se encontraba detenido, sería José Planelles. Una de las pruebas aducidas para su beatificación fue que Planelles murió por ser un mártir de la confesión sacramental. En un artículo publicado en *ABC*, se dice: "Y el drama continuó: cincuenta y dos fueron sacrificados. Aconteció el hecho al atardecer del 29 de noviembre, una semana después de la ejecución de José Antonio, hordas enloquecidas penetraron en la prisión y sacaron fuera de ella a las víctimas. Entre ellas iba don José Planelles. Lo subieron al trágico camión que había de transportarlos a la siniestra tapia y lo bajaron luego con intención de perdonarle la vida. Pero un rufián que le conocía bien, no consintió que la inmensa caridad se cumpliera: —Es el cura que confesó a José Antonio, ¡lleváoslo!— gritó. Y se lo llevaron. Cayó para siempre, mártir de la confesión sacramental, junto a las tapias del cementerio" (José Rico de Estasén (1950), "El sacerdote que confesó a José Antonio: un mártir de la confesión sacramental", *ABC*, 23 de noviembre, pág. 11.

Es éste un resumen de los hechos que la historia nos muestra como sólidamente probados. De ellos hay documentos y testimonios contrastados. Es más que probable que este esquema pudiera coincidir con ese acuerdo sobre mínimos que es posible incluso entre personas de ideologías contrarias, ya que he intentado prescindir de cualquier carga valorativa sobre la justicia o la vileza de los actos que rodean esta sucinta descripción, es decir, de todo aquello que conforma la textura siempre hojaldrada de lo vivido y de lo visto vivir. Algo que no voy a hacer a continuación.

En los años que siguieron a ese 20 de noviembre de 1936, fueron muchas veces relatados los acontecimientos concretos que ocurrieron ese día. Lo hicieron testigos y testigos de los testigos, gentes que amaban al líder muerto y gentes que lo odiaban. Cuando acabó la contienda y vencieron sus seguidores, la necesidad de depurar responsabilidades obligó a volver una y otra vez sobre aquella madrugada de otoño, sobre el abrigo que se quitó José Antonio o que se dejó arrebatar, sobre sus últimas palabras, sobre sus gestos medidos y los inconscientes, sobre su emoción contenida o desbordada. También recreaban esos momentos aquellos que buscaban en su muerte los signos de santidad y martirio que a otros cuerpos fallecidos en la guerra civil han llevado a la beatificación. En definitiva, la memoria, siempre mercenaria del resto de las realidades de la vida, fue modelando lo que los ojos vieron y los oídos oyeron de un modo interesado y necesariamente parcial. Este trabajo nace de esta discrepancia de recuerdos y testimonios. Los ejemplos elegidos no son las únicas descripciones existentes. Otras no serán siquiera citadas por no hacer demasiado prolijo el recuento de las diferencias. Los textos han sido ordenados según la fecha aproximada de su publicación o, en su caso, el momento en que las opiniones fueron emitidas.

El fusilamiento de José Antonio según Miguel Primo de Rivera (1939)

“Estas páginas han sido redactadas con palabras o con datos de Miguel, y son como el diario de los últimos días del Profeta. A la veneración de su memoria y a la exaltación de su ejemplo, van sinceramente dedicadas.”⁷⁴

Así comienza la entrevista que Alfredo R. Antigüedad hace a Miguel Primo de Rivera pocos días después de su liberación. Sería la primera de las muchas intervenciones del último varón que quedaba de su estirpe, como gustaba él llamarse a sí mismo⁷⁵: el más autorizado testigo de los últimos momentos de vida del *Profeta*: Relata así sus recuerdos:

Transcurrió el día 19 y amaneció el siguiente. A las seis de la mañana un miliciano que estaba de centinela en la puerta de mi celda me dijo. “Tu hermano desea verte antes de morir. Puedes ir a su celda”

Me abrieron la puerta y, vigilado por dos hombres, fui hasta José Antonio. Se hallaba en una celda baja, oscura, húmeda y fría. No había en la estancia ni sillas, ni mesas, ni cama. Toda la noche la había pasado allí.

José Antonio se paseaba tranquilamente, con aire sereno, las manos cruzadas a la espalda. Obedeciendo una orden del jefe de la Prisión, solamente tenía puestos el pantalón y la camiseta. Sobre ellos, un abrigo. Al trasponer yo la puerta eran las siete en

⁷⁴ Alfredo R. Antigüedad (1939), *op. cit.*, pág. 5.

⁷⁵ Su hermano pequeño Fernando también había sido detenido y fusilado en Madrid pocos días antes de que muriera José Antonio.

punto. Uno de los carceleros me dijo bestialmente: “Aligerar; tenéis quince minutos para la entrevista”.

José Antonio, al verme entrar, me dijo rápidamente en inglés: “Miguel, ayúdame a bien morir, a morir con dignidad, a morir como dispone la Iglesia...”

Mi hermano quería que no nos ganara la emoción y que no ofreciéramos a aquellos hombres que tanto nos odiaban, el espectáculo de una debilidad. Empleamos los quince minutos a cumplir el último deseo de mi hermano, que quiso morir cristianamente. (...)

Tuvimos que separarnos. En la puerta de la celda, pasos siniestros y ruido de fusiles recordaban los terribles preparativos. Nos dimos un abrazo que hubiéramos querido hacer eterno. ¡El último abrazo! Y me dijo serenamente:

—Miguel, ¡Arriba España!⁷⁶

Fui llevado a mi celda. Desde la escalera oía la voz de mi hermano, a quien sacaban de la suya para llevarle al patio de la Prisión. Iba gritando el ¡Arriba España! Luego supe por qué⁷⁷.

—¿Por qué?

—Con mi hermano se condujo al patio para fusilarlos también, a otros cuatro camaradas: dos requetés y dos falangistas. Mi hermano quiso infundirles aliento.

Supe luego que hubo dos pelotones: uno, encargado de la ejecución de esos cuatro camaradas, y otro, de la de mi hermano. Uno de los milicianos que formaba el cuadro de asesinos de José Antonio, cuando éste se hallaba ya junto al muro del patio, dispuesto a recibir la descarga, se fijó en el abrigo de mi hermano. “¡Qué

⁷⁶ Decir ¡Arriba España! con el brazo en alto y la palma extendida, era el saludo falangista.

⁷⁷ Véase el relato del “testigo presencial” expuesto a continuación.

buen abrigo llevas! —le dijo—. José Antonio con naturalidad le respondió: “Te lo doy ahora mismo.” “No, no, cuando caigas”. Sonrió José Antonio, se quitó el abrigo y se lo entregó en el acto. En el patio estaban los que habían de morir con él. Apuntaron los fusileros y se confundieron los ecos de los disparos y la voz recia del Jefe de la Falange que lanzaba su último ¡Arriba!... No habían transcurrido cinco minutos desde que yo dejé a mi hermano, y apenas acababa de trasponer la puerta de mi celda, escuché la descarga que cortaba su vida...”⁷⁸

Meses más tarde, en el aniversario de su fallecimiento, Miguel volvería hablar de aquel día en un acto multitudinario con motivo del traslado de los restos de José Antonio al monasterio de El Escorial⁷⁹.

Hace tres años que nos separaron. En el frío silencio de la cárcel escuché los pasos que se acercaban a mi celda, el temible ruido de las cerraduras al abrirse, y unos hombres que entraron a decirme: “Baja a despedirte de tu hermano”.

Llegué donde tú estabas; dormías en un jergón de paja sobre el suelo. Te despertó el ruido de nuestros pasos y la luz que encendieron.

Al verme, mi semblante te lo dijo todo, y tu rostro se iluminó con la sonrisa clara y la luz de los ojos. Aceptaste el final esperado con la misma entereza con que afrontaste el principio.

Me abrazaste, y tus palabras estremecieron a los verdugos, porque era el alma la que hablaba.

Yo te dije: “José Antonio, ruega por nosotros”.

⁷⁸ Alfredo R. Antigüedad (1939), *op. cit.*, págs. 52-54.

⁷⁹ Durante diez días con sus noches el féretro sería llevado a pie y a hombros de falangistas los casi 500 kilómetros que separan Alicante de El Escorial.

Otra vez me diste la luz de tu sonrisa, y nos separaron para siempre.

Poco después, caído sobre el montón de pajas de mi lecho, oí los disparos que te mataban.

Nuestros años de hermanos, nuestros meses de cautiverio juntos, esperando la muerte, tus palabras y tus actos pasaban en tropel por mi razón y mis lágrimas.

Pero en la angustia y en el dolor que nos ahogaban me dabas la sonrisa final, que lo curaba todo.

Continuó la guerra y para mí la cárcel. Días eternos encendidos de fe, noches sin fin, consteladas de esperanzas. Se aplacaba el dolor, y una y otra vez, siempre me dabas, con el recuerdo, la sonrisa que yo no comprendí.

Hace tres años que nos separaron, y hoy vuelvo junto a ti. Hoy vengo con la Falange para recoger tu cuerpo del sitio que cayó. Y entre los brazos que se han alzado para llevarte, entre los brazos que se han alzado para estar contigo, Dios me ha dejado saber el misterio de tu sonrisa.

¡Qué bien supiste que ibas al supremo puesto de mando!

¡Qué bien supiste que tu voz iba a llegar a los hombres de camisa azul y arma al brazo!

Hoy lo he entendido todo. Sé el porqué de esta ruta en camino enemigo, donde hay que perdonar —la Falange es amor y amor es principio—, y conozco el designio de tu tumba imperial.

En la tarde azul de Epifanía, en la clara noche de estrellas y de luna, te he visto sonreír igual que en la mañana de aquel otro noviembre. Y ante el pueblo tremendo que te espera, ante los camaradas que se siguen te digo como entonces: “José Antonio, ruega por nosotros”.

¡Arriba España!

Alicante, 20 de noviembre de 1939
Año de la Victoria⁸⁰

Posiblemente en el mismo evento, Miguel Primo de Rivera grabó el minuto y medio con sus recuerdos que se conserva en los fondos del Noticiero Documental español, que cubría con sus cámaras el traslado. Aparece ante ellas serio, impecablemente uniformado y con un grueso abrigo. Con un tono exento de cualquier dramatismo, relató una versión abreviada del discurso anterior:

Así pues nada más que unas palabras para deciros que aquel que siempre vivió con el espíritu tenso y el corazón alegre, fue a la muerte con la gallarda serenidad del que va a prestar un último servicio a España.

Nos dimos el postrer abrazo y al separarnos había tanta luz en sus ojos y tanta placidez en su semblante que le dije igual que si rezase a un santo: “José Antonio, ruega por nosotros”.

Nos separamos por fin y para siempre. Y al cabo de diez minutos eternos oí desde mi celda las descargas de muerte.

Cayó con el brazo en alto. Sus últimas palabras fueron: ¡Arriba España! ¡Arriba España!

Es evidente que en el tiempo transcurrido entre la primera y las dos últimas entrevistas, la memoria de Miguel ha sufrido sus alteraciones. A su llegada a Burgos no había tenido oportunidad de conocer más noticias que las deducidas por él en su encierro y las que pudo recabar de los camaradas de prisión. “Testigos

⁸⁰ Samuel Ros y Antonio Bouthelier (1940), *A hombros de la Falange. Historia del traslado de los restos de José Antonio*. Barcelona-Madrid, Ediciones Patria, págs. 7-8.

presenciales” le cuentan lo que saben o han escuchado de otros. Miguel “supo luego” —como indica varias veces—, pero todavía dentro de la prisión, algunas cosas que describe como ciertas; otras todavía no las ha descubierto. Después del fusilamiento estuvo incomunicado durante cuarenta días. Cuando salió por fin al patio, nadie pudo decirle qué habían hecho con el cuerpo de su hermano. De hecho, cuando Antigüedad le entrevista, él aún no sabe dónde se encuentra éste ni se imagina que en torno a este cadáver —una vez rescatado por la cúpula de su partido de la fosa común donde había sido inhumado— se iba a articular el mayor culto político llevado a cabo en la historia de España. Y que él estaba destinado a ser una pieza clave en ese culto, un aspecto que empieza ya a cobrar forma ocho meses más tarde, en la segunda entrevista, en la cual prescinde de las informaciones dadas por otros y fortalece su posición como hermano e intérprete privilegiado de un hombre destinado a ser un intermediario entre el cielo y la tierra.

En todo caso, son comprensibles sus vacilaciones. Son los recuerdos de un hombre que había pasado la noche en vela pensando que su hermano mayor iba a morir al amanecer. No estaba en condiciones de tener un juicio claro, de saber si había o no un jergón en el calabozo, si él estaba despierto desde hacía tiempo o se acababa de despertar, pero quizás éstas se convirtieran a la larga en informaciones relevantes, detalles que había que cuidar. El vacío de la celda revelaría la maldad de los carceleros que impidieron al reo dormir bien su última noche, pero podría ser también fácilmente contrastado. Muchos otros habían pasado por ella. El estado anímico en que se encontraba José Antonio en la madrugada, indicaría su valentía o su desprecio ante la muerte. Si no había dormido, eso quería decir que estaba nervioso, que tenía miedo (lo que además se reafirma con su petición de ayuda a

Miguel para “morir con dignidad”). En cambio, la apacible imagen del que está durmiendo en paz con su conciencia, es la antesala de la beatitud.

Hay algunos aspectos que conviene aclarar de las palabras empleadas por Miguel para referirse a la muerte como “el acto de caer”. La derecha española desarrolló una terminología muy precisa para referirse a los tipos de muertes de sus partidarios durante la guerra civil, un despliegue de categorías que no encuentran paralelo en el otro bando y que sin él no es posible entender las sutilezas ocultas en las descripciones del fusilamiento de José Antonio. Esta clasificación depende básicamente de las circunstancias de la defunción, de la actitud al morir y, en gran medida, de las últimas palabras pronunciadas por el difunto. Un caído es una persona que muere en un acto militar, en medio de una lucha. Es común que cuando fallece un policía persiguiendo a unos delincuentes, se diga: “Cayó en acto de servicio”. Según algunos informantes, los fusilados no eran “auténticos caídos” porque no podían defenderse, pero, en general, los falangistas clasificaron cualquier muerte ocasionada directa o indirectamente por los *rojos* como una *caída por Dios y por España*. La mística de la caída se encuentra en su propio himno: “Si te dicen que caí / me fui / a otro puesto que tengo allí (refiriéndose al cielo)⁸¹.” El mismo José Antonio percibe su próximo fallecimiento de ese modo cuando habla con su hermana Carmen:

—¡No es posible, José —grita Carmen—, no es posible que puedan hacer eso contigo!

⁸¹ De ahí la referencia de Miguel: “Qué bien supiste que ibas al supremo puesto de mando”.

—Es lo natural —replica José Antonio—. Han sido tantos los de la Falange que han caído ya que yo, que soy el Jefe de ellos, es natural que caiga también⁸².

En todo caso, es improbable que un miliciano dijese —a no ser que esté haciendo una parodia del lenguaje falangista— que “cogerá su abrigo cuando caiga”.

La gran importancia de este abrigo (gabán, lo llamarán otros) en la narración, es algo sobre lo que también merece la pena reflexionar. Como se verá a continuación, aparece de un modo u otro en todos los relatos: reclamado, arrojado, regalado, etc. Estamos hablando de una prenda que —a fines del otoño en una ciudad desabastecida— era un bien preciado que no se podía desperdiciar, casi un objeto de lujo. Es muy lógico que los miembros del pelotón del fusilamiento vieran despertar su codicia. Y más cuando, como dice el propio José Antonio en una de las versiones de este episodio, “en el lugar a dónde iba no iba a hacer falta”.

En otra entrevista a Miguel Primo de Rivera, éste describe con más detalle la última ropa que llevaba el condenado. “Comienza a vestirse. Chaqueta gris sobre el mono azul de presidiario y abrigo claro. Uno de los guardianes le mete prisa. “Como sólo se muere una vez —le responde—, hay que morir dignamente⁸³.” La descripción parece de revista de moda y contrasta con sus primeras informaciones: “Obedeciendo una orden del jefe de la Prisión, solamente tenía puestos el pantalón y la camiseta. Sobre

⁸² Felipe Ximénez de Sandoval (1941) *José Antonio (una biografía apasionada)*. Barcelona, Editorial Juventud, pág. 607.

⁸³ Publicada el 21 de noviembre de 1939 en el diario falangista *Arriba*. Gil Pacharroman (1996), *op. cit.*, pág. 522.

ellos, un abrigo". Está claro que tanto José Antonio —yendo con abrigo al pelotón de fusilamiento— así como su hermano, al relatar su combinación de prendas tenían gran interés en demostrar a todos que “el héroe moría como un señor” y no como la chusma desarrapada que lo iba a ajusticiar. El abrigo es utilizado para establecer una distancia de clase, una separación que, en época de paz, podía marcarse de un modo más convencional por la segregación espacial, por la calidad de las telas o por el corte de los trajes. De hecho, José Antonio era famoso en Madrid por su insistencia en ir desabrigado —en camisa— durante el invierno, una costumbre que también tenían (y tienen) muy a gala sus seguidores.

Así que José Antonio sale de su celda, cubierto con esta llamativa prenda de color claro, y un miliciano le comenta con cierta intención: “Su abrigo es muy bueno”. En el relato de Miguel, él, sonriendo, decide amablemente ofrecérselo en vida para que no tenga que arrebatárselo al morir cuando, además, se encontrará muy deteriorado por los agujeros de las balas y la sangre. Pero esta breve conversación y la reiterada presencia del abrigo en las narraciones hace alusión a otro episodio que le tocó sufrir, muy lejos en el tiempo y el espacio, a un personaje que también murió a los treinta y tres años. Del mismo modo, los ejecutores de Cristo se habían repartido su capa mientras él era crucificado. El abrigo-capa de José Antonio es uno más de los paralelismos que sus partidarios encontrarán en las dos muertes. El líder iba pues, mansamente, reproduciendo su calvario. Como Jesús de Galilea, moría por sus ideas, ejecutado por una justicia legalmente constituida que él no aceptaba, y cuyos miembros tenían muchas similitudes con los asesinos de Cristo: una “horda judeomasónica”, iconoclasta y anticlerical.

El trabajo de acercamiento simbólico entre los dos *profetas* se ve claro en la segunda entrevista, en la cual se incorpora el significativo “José Antonio, ruega por nosotros”⁸⁴, y más aún en la tercera, que en dos párrafos sintetiza la muerte del líder como la de un falangista que cayó por España, por su partido y por Dios, dando testimonio de ello al morir con el brazo en alto y saludando. La fuente de la que sacó Miguel Primo de Rivera esta información, que le sirve para articular su discurso sobre el martirio heroico de su hermano, es la que sigue.

La versión que un “testigo presencial” contó a Miguel Primo de Rivera y que éste a su vez relató a Alfredo R. Antigüedad (¿1937? la primera descripción⁸⁵, 1939 la segunda)

José Antonio regaló su abrigo a uno de los milicianos y se enfrentó con los pelotones de fusilamiento, junto con otros cuatro presos de Novelda: dos requetés y dos camaradas de la Falange.

Él, ya al frente de las armas asesinas, sonriente, sereno, pronunció estas palabras: “¡Ánimo!, esto es cuestión de un momento”. Y para reafirmarse en esta actitud de mártir por la Religión y por España sacó un crucifijo que siempre llevaba consigo y lo besó con unción. Para entonces ya las armas estaban preparadas y la descarga siguió al arrogante y espontáneo grito de ¡Arriba España!

⁸⁴ Según Cecilio de Miguel (1975), el confesor de José Antonio comentaría a sus compañeros de prisión: “Hoy he confesado a uno que va a morir por todos nosotros”. La información, según De Miguel, se encuentra publicada en el artículo ya citado de José Rico Estasén (1950), pero no he encontrado esta referencia.

⁸⁵ Teniendo en cuenta que Miguel estuvo incomunicado cuarenta días desde el 20 de noviembre de 1936.

dado por el jefe de la Falange y contestado con emoción por los otros cuatro héroes, hermanados en el martirio.⁸⁶

Este texto, en el que se basa Miguel, introduce varios aspectos importantes para la cristalización del mito falangista de José Antonio: la aparición del crucifijo y la constatación de que era el líder de la derecha unificada, lo que se consigue identificando la adscripción política de sus compañeros de fusilamiento. La utilización del verbo “enfrentar” supone que hay una contienda –y por tanto una *caída*– a la que José Antonio “da la cara” valientemente.

Durante la República, la actitud de la Iglesia Católica ante los falangistas rozaba la hostilidad. El programa de la Falange promulgaba la separación de la Iglesia y el Estado, aunque siempre con el trato de respeto que merecía el ser la religión mayoritaria, además de ser la de los propios miembros del partido. Su ideal no era entonces el Estado confesional que luego acabaría siendo España. Esto tendría necesariamente que cambiar cuando comenzó la guerra por la necesidad de eliminar los puntos de fricción, y sobre todo por la aparición abrumadora de un nuevo tipo de héroe: el mártir. La muerte de José Antonio debía necesariamente ser la de un mártir o no tendría cabida en el nuevo panteón político-religioso que se estaba conformando.

Para que un difunto sea considerado mártir, debe morir dando testimonio de su fe, sea la que sea: política, religiosa, ideológica, etc. En los procesos de beatificación debe tenerse un especial

⁸⁶ Alfredo R. Antiguéda (1939), *op. cit.*, pág. 61.

cuidado en rastrear las últimas palabras dichas porque éstas son la clave que permitirá distinguir si estamos hablando de una víctima o de un mártir. Es importante, por tanto, que José Antonio levante el brazo, diga varias veces “Arriba España” y bese la cruz porque eso legitima su martirio, especialmente en el aspecto religioso, sobre el que muchos podrían tener sus dudas. Incluso su hermana Pilar diría de él que no era ningún beato en la introducción de un libro llamado *La personalidad religiosa de José Antonio*⁸⁷ que se publicó en 1975, en el fin del franquismo y el comienzo de la transición, en otro de esos momentos en que era necesario reforzar su figura dándole un giro menos falangista y más católico.

Muriera o no besando el crucifijo, lo que parece cierto es que portaba en el momento de su ejecución un escapulario de caballero mercedario, a cuya orden pertenecía, y varias medallas y símbolos religiosos. Estos objetos permitieron reconocer a José Antonio una vez exhumado y fueron conservados como reliquias por sus seguidores. También, en su testamento, pide ser enterrado “conforme al rito de la religión Católica, Apostólica y Romana que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz”.

Su papel como líder de los otros cuatro ajusticiados tiene una lectura diferente si se piensa lo dicho a comienzos de 1937 o lo relatado en 1939. En el momento de la ejecución, falangistas y requetés tenían bastantes diferencias políticas. Los segundos eran carlistas, es decir, partidarios de una dinastía borbónica y ultraconservadora, alternativa a la que se había consolidado en el poder tras la muerte de Fernando VII (en 1833) y que acabó

⁸⁷ Cecilio de Miguel Medina (1975) *La personalidad religiosa de José Antonio*, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento, Editorial Almena.

entronizando a Isabel II. Desde esa fecha, y casi hasta el final del siglo XIX, mantuvieron el norte de España en conflicto casi permanente. Aunque este partido había ido evolucionando, las diferencias con los falangistas eran muchas.

Por circunstancias del desarrollo bélico, Franco asumió el mando único de las tropas sublevadas el 19 de abril de 1937, con grandes reticencias por parte de algunas de las ideologías políticas que se habían rebelado contra el gobierno republicano (especialmente de los falangistas y los requetés). Si esta versión del fusilamiento hubiera sido narrada antes de ese suceso, daría una preeminencia moral de la Falange en el alzamiento militar, ya que los requetés contestan al saludo de su jefe, sin estar obligados a ello, por los méritos propios de José Antonio. Relatada con posterioridad al 19 de abril, fecha en que Franco se convierte en jefe de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. (que fue cómo se llamó el partido resultante de la fusión), la descripción daría legitimidad a esta problemática unión. Franco se habría convertido en el “nuevo José Antonio”.

La versión martirial del fusilamiento queda reforzada en la siguiente exposición.

El fusilamiento según el relato que a J. T. Martínez contó Domingo Díaz, supuesto jefe del piquete de ejecución, y que Alfredo R. Antigüedad reprodujo (¿1939?)

J. T. Martínez era administrador del periódico sindicalista valenciano *Fragua social*. Domingo Díaz le contó como confidencia el relato privilegiado en primera persona de esos últimos instantes de la vida del dirigente falangista.

—Cuando llegó la hora de fusilar a José Antonio —me ha dicho Domingo Díaz—, se discutió quién había de ejecutarle. El partido comunista prometió en los últimos momentos enviar dos delegados para asistir al fusilamiento. La F.A.I. exigió que se pusieran hombres “de toda confianza” en el piquete. Y fui yo quien se encargó de mando del pelotón⁸⁸. Estuve toda la noche en la cárcel. Lo veía a través de la reja de la celda. Paseaba. Quedaba abstraído unos momentos. Nadie se atrevió a molestarle. Su valor imponía respeto a todos. De vez en cuando paseaba con andar firme y seguro... Cuando se le avisó que había llegado el momento no se notó ningún cambio en su cara. Pasó a la celda su hermano, con el que se besó y se abrazó. Cambiaron muy pocas palabras. Esa entrevista le afectó un instante, pero se rehizo en el acto. Andaba con una gallardía que no se puede describir.

Cuando llegamos al lugar donde esperaba formado el piquete, se adelantó unos pasos hacia la tapia del fondo. No hablaba nadie. Primo de Rivera se quitó el gabán. Desabrochó su camisa para sacar del pecho algo que no distinguí y que besó con profunda unción. Me miró y dijo: ¡Cuando quiera...! Antes de que yo pudiera dar al piquete la orden de disparar, José Antonio gritó como no he oído gritar jamás: ¡Arriba España! Los dedos se agarrotaban en los gatillos de los fusiles. Los del piquete no podían disparar... Fue un momento. Después... la descarga.

Domingo Díaz, en su despacho del hospital de Valencia, donde me hacía en secreto este relato, hablaba con voz ronca, penosamente. Le pesaba la conciencia.

Recuerdo que antes de cambiar de conversación, dijo dos veces, como delatando un monólogo íntimo:

⁸⁸ Según otras descripciones, el teniente a cargo del pelotón de fusilamiento era José Vázquez o Juan González. Véase más adelante la versión de Ximénez de Sandoval.

-¡Qué valor! ¡Qué valor!⁸⁹

Domingo Díaz profundiza en su valor como hombre, como cristiano y como falangista, una imagen muy diferente a la que tenía de él Francisco Franco.

El fusilamiento según lo que a Francisco Franco dijo Martínez Fuset, que a su vez había recibido la información de un testigo del proceso de ejecución, y lo que Franco transmitió a su cuñado Ramón Serrano Suñer (años cuarenta)

A Franco, el culto a José Antonio, la aureola de su inteligencia y de su valor, lo mortificaban. Recuerdo que un día, en la mesa, me dijo muy nervioso: “Lo ves siempre a vueltas con la figura de *ese michacho* (se refería a José Antonio) como cosa extraordinaria y Fuset⁹⁰ acaba de suministrarme una información del Secretario del Juez o Magistrado que el instruyó el proceso en Alicante, que dice que para llevarle al lugar de ejecución hubo que ponerle una inyección porque no podía ir por su pie”. Y lo decía con aire de desquite bien visible. Yo con amargura —pues me dolía profundamente que persona a la que estaba sirviendo con afecto y lealtad pudiera recoger aquella despreciable referencia— y con energía negué que eso pudiera ser verdad, “es mentira inventada por algún miserable, eso es imposible”. Otra persona que estaba en la mesa, por entonces especialmente afectuosa conmigo y agradecida a mi entrega incondicional, destempladamente

⁸⁹ Alfredo R. Antigüedad (1939), *op. cit.*, pág. 64.

⁹⁰ Lorenzo Martínez Fuset era teniente coronel jurídico militar y uno de los artífices de la represión durante el franquismo.

me dijo: “¿Y tú qué sabes si no estabas allí?” “Pues porque lo conozco bien y tengo certeza moral, porque eso es un infundio canallesco”, contesté.⁹¹

A la “certeza moral” de Serrano ante las virtudes del fundador de la Falange se oponía visiblemente la “antipatía moral” de Franco, una antipatía recíproca. El dictador nunca le perdonó que hubiera impedido su entrada en la política de la Segunda República por no querer estar a su lado en la lista de candidatos a las elecciones por Cuenca, y hay dudas más que razonables de que se empleara a fondo para sacarlo de la cárcel de Alicante, salvándole así la vida. José Antonio le era mucho más útil muerto que vivo, ya que era la única persona que podría hacerle sombra en su liderazgo único. Más allá de consideraciones tácticas, ambos líderes se caían mal. Para Franco, Primo de Rivera era un “señorito” que no se manchaba las manos con la sangre de las batallas, que eran en realidad las que ganaban las guerras. Para José Antonio, el generalísimo era un “militarote” sin ningún carisma ni dotes para la acción política. Así las cosas, es lógico que Franco fuera más propenso a ponerse del lado de aquellas afirmaciones que pusieran en entredicho el coraje de su adversario.

No se ha podido comprobar en la fuente primaria de los informes de la *Causa General*—el compendio de juicios contra los vencidos que se produjeron al terminar la guerra— la existencia de una inyección y lo que tenía dentro. Las alusiones de Franco parecen apuntar a alguna sustancia sedante que le permitiera afrontar su fin sin tanto dolor. En la documentación que he manejado,

⁹¹ Ramón Serrano Suñer (1977) *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*. Barcelona, Editorial Planeta, págs. 170-171.

sólo vuelve a aparecer este asunto en la versión que presento a continuación, pero el contenido del fármaco resulta inesperado. Según Ximénez Sandoval (1941), algunas referencias hablan de que pidió una inyección de cafeína “para no estar decaído en el momento supremo”, pero él no lo cree.

La versión que, basándose en un reportaje de José Escalera, elaboró Felipe Ximénez de Sandoval (1941)

El 18 de noviembre de 1939, dos días antes de que comenzara el más espectacular homenaje que se ha hecho en España a un personaje público —el traslado de los restos mortales de José Antonio desde Alicante a El Escorial—, José Escalera publicó un reportaje sobre la muerte del líder en la revista sevillana *Falange Española*. Me ha sido imposible consultar ese ejemplar, pero afortunadamente, Ximénez de Sandoval, su más apasionado biógrafo, redactó su contenido de modo novelado basándose en esa y otras fuentes, combinándolas en lo posible —porque ni siquiera para él es siempre posible— con el testimonio de Miguel Primo de Rivera. Es con mucho la versión más interpretativa de todas las presentadas, justificando las ausencias en el guión de una “correcta muerte falangista” por circunstancias del propio devenir de los acontecimientos. Su libro es la primera biografía que se hizo sobre José Antonio y supone un intento de síntesis sobre las informaciones que se tenían hasta el momento sobre él.

Miguel no puede dormir ni estar despierto... Una hora, otra, otra.

Por el ventanillo, la noche empieza a aclarar su tinta espesa.

Pronto amanecerá...

Unos pasos. Unas voces. Unos golpes.

—¡Baja si quieres despedirte de tu hermano!

¡No hay remedio!... Entre los milicianos, desciende Miguel. José Antonio está de pie, charlando animado con algunas personas en la celda. Le ha despertado unos minutos antes el oficial de prisiones Enrique Alija. José Antonio ha roto con un poco de tristeza su último sueño de vida —¿qué pasaría por ese sueño?— y ha preguntado dulcemente —“¿Ya es la hora?”. Al contrario que Miguel, ha dormido bien, y no hay en torno de sus ojos claros las sombras moradas del insomnio. Miguel se abraza a su hermano con gran emoción. José Antonio, para no dejarse ganar por ella, reprocha suavemente en inglés a Miguel:

—Miguel, ayúdame a saber morir con dignidad. (...)

Aún habla un rato, “sin que se quebrara su serenidad, sin que nadie pudiera creer que aquellos treinta y tres años de su vida iban a quebrarse minutos más tarde...” —dice Miguel.

—¡Vamos! —invita uno cualquiera a los hermanos que tenían que separarse para siempre. Un abrazo. ¡El último de José Antonio para el hermano, para el camarada, para el español! (...) —No te apures, Miguel. ¡No te apures! —murmura.

—José Antonio, ruega por nosotros... —le dice místicamente, con la Mística de la Falange— Miguel, viendo su rostro iluminado ya de Gloria.

Y sale rápido, metido el dolor dentro del alma para no traicionar con una debilidad la dignidad suprema del Jefe de la Falange, no, como se ha dicho, por una inyección de cafeína que pidió le suministrasen para no estar decaído en el instante decisivo. José Antonio se echa un gabán sobre los hombros y sale con el Director y algunos oficiales de prisiones. Ya no sabemos más. Ya todo son noticias vagas. (...)

Cuando José Antonio, sereno y tranquilo, apareció en el patio, sólo había en él los hombres que formaban el piquete y otros cuatro condenados a muerte que iban a ser su guardia de honor al

salir de la vida. Los condenados hablaban con Dios en hondísima plegaria, mientras los del piquete bromeaban blasfemando. Al aparecer José Antonio, se hizo un silencio profundo. El Director le indicó el sitio donde debía colocarse. Antes de ir a él, estrechó la mano del Director y los oficiales, diciéndoles:

—Si alguna vez les he molestado o algo malo he hecho, perdónenme.

A los que iban a caer por España, también les dio la mano fuertemente y les alentó con entereza y valor:

—Muchachos, tened ánimo. Esto es un momento nada más y vamos a una vida mejor. Morimos por España. ¡Arriba España! Fue hacia el sitio marcado. Se colocó en el extremo de la izquierda del grupo de condenados, un poco apartado de ellos. Se despojó del abrigo y lo arrojó al suelo, junto a la tapia que quedaba a su izquierda. Un miliciano se apresuró a recogerlo, probablemente bajo una suave sonrisa de José Antonio. Contra lo que alguien ha dicho, ni el quitarse y arrojar el gabán fue un gesto de desafío a los milicianos, ni José Antonio increpó a aquellos ex hombres que cumplían la obscura consigna de quitarle la vida. Sólo parece ser cierto que, ligeramente pálido, dijo a los que formaban el piquete: “¡Apuntad bien, porque os van a hacer falta pronto todas las municiones!”

Dicho lo cual, se cruzó de brazos y adelantó ligeramente el pie izquierdo para esperar la muerte. Parece ser que los hombres del piquete desconcertados por la calma extraordinaria de José Antonio (...) se precipitaron e hicieron la descarga antes de que el teniente que los mandaba —llamado, según unos, José Vázquez, y según otros, Juan González— diese la orden de fuego. Con lo que José Antonio no tuvo tiempo de alzar el brazo saludando a la muerte con el saludo de la Falange. El grito de “Arriba España” se ahogó por las balas. Pero “empezaba a amanecer”. Eran

exactamente las siete menos veinte de la mañana, aunque la hora señalada para la ejecución eran las seis y media.

Todo el plomo del piquete acribilló el cuerpo de José Antonio, que se desplomó instantáneamente teñido de borbotones de sangre generosa. Ni una sola de las balas de la descarga alcanzó a los otros condenados.⁹²

Educado, tranquilo y perdonando a sus verdugos como el Cordero de Dios, José Antonio, rodeado de la canalla blasfema —los *ex hombres*—, muere acribillado por las balas.

La declaración ante notario de Diego Molina, analfabeto, quien dice haber sido miembro del pelotón de fusilamiento (1943)

El texto que se transcribe a continuación es la única de las versiones presentadas que no ha sido matizada o transmitida por partidarios de José Antonio. Tiene interesantes discrepancias. La más notable de ellas se refiere a sus últimas palabras, lo cual, como hemos visto, es muy revelador. Diego Molina nos presenta a un José Antonio valiente y preocupado por lo que pudiera sentir su hermano al saberlo fusilado, pues le cree un hombre más débil, y también por asuntos prácticos. No quiere, lógicamente, sufrir más de la cuenta.

Lo que sabemos del autor es que “después de la derrota de la República, volvió a Marruecos y, cuando cayó Francia, Franco pidió su extradición. (...) La justicia jerifiana rechazó la petición

⁹² Felipe Ximénez de Sandoval (1941), *op. cit.*, págs. 609-612.

de Madrid, y cuando los americanos y los ingleses desembarcaron en el norte de África, en Rabat tuvo lugar un juicio para cancelar definitivamente la demanda franquista. Después de este juicio, Diego Molina, analfabeto, dictó la siguiente declaración (...):

A fines de septiembre de 1936, ya comenzada la guerra de España, decidí con otros 42 españoles antifascistas residentes en Casablanca, marchar voluntario a España, para luchar en las fuerzas republicanas. Hice el viaje por Orán y llegué a Alicante el 11 de octubre. Seguidamente me alisté en el 5º Regimiento que acababa de crearse.

Formando parte del 5º Regimiento, fui designado en unión de otros cinco camaradas para prestar servicio en el establecimiento penitenciario, donde venía hallándose detenido José Antonio Primo de Rivera. Este establecimiento era la Prisión Provincial de Alicante, situada a la entrada de la capital, por la carretera de Murcia. Primo de Rivera ocupaba una celda, en compañía de su hermano Miguel, en el piso primero de la nave principal de la prisión. Nosotros dábamos guardia especial a esta celda, y acompañábamos a Primo de Rivera en sus horas de paseo, por el patio de la cárcel. Teníamos prohibido hablar con el detenido a menos que éste pidiera alguna cosa. (...)

En las primeras horas de la mañana del día en que se aplicó la pena de muerte, fuimos avisados de que iba a procederse a la ejecución del reo. El piquete de la ejecución estaba compuesto por nosotros seis y otros seis militantes de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) que vinieron del exterior.

Momentos antes del fusilamiento, llegó un destacamento de Guardias de Asalto para intervenir en la ejecución, caso necesario; esto no se presentó.

A la hora indicada, sobre las seis de la mañana, se invitó a Primo de Rivera a salir de su celda, y a acompañarnos. Primo de Rivera se despidió de su hermano Miguel, y vino con nosotros a uno de los patios de la prisión. Estaba sereno y no dijo nada en los primeros momentos.

Ya en patio, Primo de Rivera preguntó que quien era el jefe del destacamento. El sargento que nos mandaba se dio a conocer. A este sargento le dijo Primo de Rivera: "Como siempre que se fusila se derrama sangre, yo quisiera se hiciera desaparecer la que yo vierta, para que mi hermano no la vea". Luego preguntó: "¿Son ustedes buenos tiradores? Se le contestó afirmativamente. Primo de Rivera arrojó el abrigo al suelo, lejos de sí, y se puso en fila la lado de otros cuatro condenados que iban a ser fusilados también. Después añadió: "Venga".

Nosotros disparamos. Primo de Rivera cayó sobre el costado izquierdo, en el suelo, muerto⁹³.

La versión sin referencias del documental *José Antonio ¡presente!* (¿1980?)

El documental-homenaje a *José Antonio, ¡presente!*, es elaborado por los falangistas, ya durante la democracia, como un instrumento de propaganda. Narra la vida de su fundador utilizando abundante material gráfico y numerosos fragmentos rodados durante el traslado de sus restos mortales desde Alicante a El

⁹³ "La anterior declaración fue hecha por el interesado Diego Molina Molina ante mí, el testigo que suscribe, el día de esta fecha. Dada lectura de la misma al deponente, una vez redactada la encontró conforme. (...) En Rabat, Marruecos, el 29 de septiembre de 1943. Firmado: Antonio Pérez Torreblanca". Herbert R. Southworth (1967) *Antifalange. Estudio crítico de Falange en la guerra de España de M. García Venero*, París, Ruedo Ibérico, págs. 162-163.

Escorial en 1939 y de ahí al Valle de los Caídos en 1959. El él se presenta al líder como conciliador y al partido como una alternativa política que escogieron antes de la guerra estudiantes universitarios y antiguos afiliados a partidos comunistas y anarquistas. Mientras suena un canto femenino *a capella*, una voz en *off* va narrando los últimos instantes de su existencia:

En la madrugada del viernes 20 de noviembre, José Antonio abandonaba su celda en pos de la muerte. Los guardias que le custodian se detienen bruscamente. Uno de ellos no logra apartar su vista del abrigo que porta el condenado. José Antonio, que lo había observado, se lo ofrece como regalo. Un gesto que desconcierta a sus verdugos. José Antonio sabe que la muerte espera y no quiere despedirse de este mundo sin dejar claras las líneas maestras de su pensamiento.

—¿Verdad que vosotros no queréis que yo muera? ¿Quién ha podido deciros que yo soy vuestro adversario? Quien os lo haya dicho no tiene razón para afirmarlo. Mi sueño es el de la patria, el pan y la justicia para todos los españoles, pero preferentemente para los que no pueden congraciarse con la patria porque carecen de pan y de justicia. Cuando se va a morir no se miente. Y yo os digo, antes de que me rompáis el pecho con las balas de los fusiles, que no he sido nunca vuestro enemigo.

Los milicianos apartan la vista avergonzados y guardan silencio. Entre empujones, llevan a José Antonio al patio de la prisión otros cuatro condenados. Mientras mira un crucifijo, las balas del pelotón le atraviesan el corazón y acaban con su vida.

Estas palabras, que dejan claras “las líneas maestras de su pensamiento”, son seguramente una invención. Es cierto que José Antonio se dirigió en varias ocasiones a los milicianos en sus meses

de cautiverio, especialmente durante el juicio al que fue sometido, pero su retórica no era tan mesurada:

Las acusaciones eran tan graves que José Antonio comprendió que se acercaba su fin. Por un momento perdió la calma y dirigiéndose a la escolta de milicianos que aguardaba fuera, les gritó: “¡Qué equivocados estáis! Me fusilan a mí sin comprender que venía en vuestro amparo. A quienes debéis eliminar, porque son vuestros enemigos, es a estos”, y señalaba al juez y al fiscal.⁹⁴

Tal y como le dijeron a Serrano Suñer, ni yo ni ninguno de los lectores de este texto estuvimos en Alicante en aquella fría madrugada de noviembre. Como en la mayor parte de las ocasiones de la vida, nuestro criterio depende de las versiones de otros, que tampoco se encontraban allí, y de aquellos que se lo contaron. Depende también de aspectos más íntimos: del gusto estético, de la ideología política, del papel en que historias como éstas tuvieron en la conformación de nuestra identidad, de los vínculos que nuestros seres queridos pudieron tener con los personajes de estos relatos, del destino de las víctimas de una guerra cruel. Sólo puedo decir como Unamuno en su *En torno al casticismo*: “Escoja cada uno lo que mejor le estuviere”.

⁹⁴ Testimonio del secretario judicial Tomás López Zafra, que leía el acta. Citado en Gil Pecharrorán (1996) *op. cit.*, pág. 514.

Referencias bibliográficas

DE AGUINAGA, ENRIQUE; PAYNE, STANLEY G. (2003) *José Antonio Primo de Rivera*. Barcelona, Ediciones B, colección Cara y Cruz.

ANTIGÜEDAD, ALFREDO R. (1939) *José Antonio en la cárcel de Alicante. Un gran reportaje con Miguel Primo de Rivera*. Imprenta Ernesto Jiménez, Madrid.

GIBSON, IAN (1980) *En busca de José Antonio*, Barcelona, Editorial Planeta.

GIL PECHARROMÁN, JULIO (1996) *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy

DE MIGUEL MEDINA, CECILIO (1975) *La personalidad religiosa de José Antonio*, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento, Editorial Almena.

SOUTHWORTH, HERBERT R. (1967) *Antifalange. Estudio crítico de Falange en la guerra de España de M. García Venero*, París, Ruedo Ibérico.

RICO DE ESTASÉN, JOSÉ (1950) 'El sacerdote que confesó a José Antonio: un mártir de la confesión sacramental'. En diario *ABC*, 23 de noviembre.

ROS, SAMUEL; BOUTHELIER, ANTONIO (1940) *A hombros de la Falange. Historia del traslado de los restos de José Antonio*. Barcelona-Madrid, Ediciones Patria.

SERRANO SUÑER, RAMÓN (1977) *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias* Barcelona, Editorial Planeta.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL, FELIPE (1941) *José Antonio (una biografía apasionada)*. Barcelona, Editorial Juventud.